

lidad? Quizás algo más... Y ¿qué otra cosa es la casualidad que tosca piedra, animada por obra del artista? La Providencia es la madre del azar... que el hombre ha de acomodar á sus propósitos... ¿Qué se propondrá hacer conmigo el Rey? Me es indiferente... pero sé lo que yo debo hacer con el Rey... y aunque sólo un átomo de verdad penetre osado en la mente del déspota, ¿qué frutos no puede producir en manos de la Providencia? Tal es el modo, en virtud del cual se convierta en utilísimo y razonable lo que tan extraño pareciera al principio. Sea ó no... ¡es igual! Mi conducta se arreglará á este plan. (Da algunos pasos por la habitación, y se detiene en silencio delante de un cuadro. El Rey aparece en un aposento contiguo, en donde da algunas órdenes. Al entrar, se para junto á la puerta, y observa al Marqués largo tiempo, sin que éste lo note.)

ESCENA X.

EL REY Y EL MARQUÉS DE POSA.

Este se acerca al Rey; al verlo, dobla una rodilla, y se levanta, sin dar señal alguna de confusión.

EL REY. (Que lo examina admirado.)—¿Me habéis hablado alguna vez?

EL MARQUÉS.—No, señor.

EL REY.—Habéis prestado servicios á mi trono: ¿por qué esquivar mi gratitud? ¡Hay tantos hombres en mi memoria! Uno solo lo sabe todo. A vos tocaba ofrecerlos á la vista del Rey. ¿Por qué no lo habéis hecho?

EL MARQUÉS.—Dos días ha no más que estoy de vuelta en España.

EL REY.—No quiero nunca deber á quien me sirve... Pedid una gracia.

EL MARQUÉS.—Las leyes me protegen.

EL REY.—El asesino disfruta también de igual derecho.

EL MARQUÉS.—¡Y cuánto mejor el ciudadano honrado!... Señor, yo estoy contento.

EL REY. (Aparte.)—Mucha dignidad y mucha osadía, ¡Vive Dios! Pero era de esperar... Quiero que el español sea orgulloso. Lo tolero de buen grado, aunque la copa rebose... (Alto.) Dejasteis mi servicio, según tengo entendido...

EL MARQUÉS.—Me retiré, para que ocupase otro mejor mi puesto.

EL REY.—Afligeme esa conducta. Cuando hombres así están ociosos, sufren su falta mis Estados... Quizás temeréis no alcanzar á las esferas que estimabais á vuestra altura.

EL MARQUÉS.—¡Oh, no! Estoy seguro que el conocedor inteligente, el que sabe penetrar en el fondo del alma humana y estimar su valor, hubiera sabido á primera vista si yo podía ó no servirlo. Aprecio y agradezco profunda, aunque humildamente, el favor que me dispensa V. M., expresando acerca de mi persona opinión tan benévola. Sin embargo... (Se detiene.)

EL REY.—¿Pensáis?...

EL MARQUÉS.—No estoy... he de confesarlo, señor... preparado á revestir de repente con el lenguaje de uno de vuestros súbditos, lo que yo he meditado como ciudadano del mundo... Porque cuando yo me declaré independiente para siempre de la Corona, me conceptué exento de explicarle los fundamentos de mi resolución.

EL REY.—¿Tan frívolos son? ¿Teméis exponerlos?

EL MARQUÉS.—Si tuviera tiempo para explanarlos, señor... á lo más, arriesgaría la vida. Pero diré la verdad, si

no me rebosáis esta gracia. Se me concedió la opción entre vuestro desdén y vuestra malquerencia... Y, en caso de decidirme, más quiero aparecer á vuestros ojos como criminal que como loco.

EL REY. (Con curiosidad.) — Bien; ¿y qué?

EL MARQUÉS.—No puedo ser servidor de Príncipes. (El Rey lo mira atónito.) No quiero engañar al comprador... Si os dignáis emplearme en algún servicio, ha de ser sólo en actos, calculados previamente. Sólo pedís mi brazo y mi valor en el campo de batalla, y mi cabeza en los Consejos. El fin de mis acciones no debe ser sólo la aprobación de ellas por el Trono. Pero para mí, la virtud, por sí misma, tiene también su valor. La dicha que el Monarca labrase con mis manos, sería obra mía, y un placer, un acto libre mío, no sólo un deber. ¿Es ésta vuestra opinión? ¿Podréis sufrir otros creadores en vuestra creación? ¿He de rebajarme á ser sólo el crisol, pudiendo ser el artista?... Yo amo á la humanidad; y en las Monarquías sólo á mi mismo he de amarme.

EL REY.—Ese entusiasmo es loable. Pudierais hacer el bien. El cómo se hace, importa poco á los patriotas y á los sabios. Buscad en mis dominios un puesto que os facilite dar rienda suelta á tan nobles inclinaciones.

EL MARQUÉS.—No encuentro ninguno.

EL REY.—¿Cómo?

EL MARQUÉS.—Lo que V. M. quiere labrar por mis manos ¿es la dicha entre los hombres? Pero ¿es ésa la misma, que yo les deseo en mi puro afecto á ellos?... Ante ella temblaría la majestad de los Reyes... ¡No! La política de los Soberanos ha inventado una nueva dicha... una dicha, para cuya distribución es bastante rica, habiendo inspirado en el corazón humano nuevos deseos que se contentan con ella. En su moneda corriente imprime la verdad, pero sólo la verdad que tolera. Desecha todos los cuños que no se pa-

recen al señalado por el Trono... Pero lo que le satisface, ¿me satisface á mí? Mi amor fraternal á mis semejantes ¿se ha de proponer el empequeñecimiento de mi hermano? ¿Lo tengo por feliz... antes de que piense? No me destinéis, por tanto, oh señor, á derramar esta ventura que nos dáis sellada con vuestro cuño. No debo conformarme en distribuir esa moneda... Yo no puedo ser servidor de Príncipes.

EL REY. (Con alguna vivacidad.) — ¡Sois protestante!

EL MARQUÉS. (Después de algunos momentos de reflexión.) Vuestra creencia, señor, es también la mía. (Después de una pausa.) Ya me figuraba yo que no se me comprendería. Veis que mis manos han levantado el velo, que ocultaba los misterios del trono. ¿Quién puede responderos de que sea para mí sagrado lo que ha dejado de asustarme? Parezco peligroso, porque pienso por mí mismo; pero no lo soy, oh rey mío. Mis deseos yacen aquí guardados. (Señalando á su pecho.) Esa ridícula rabia por novedades, hábil sólo para aumentar el peso de cadenas, que no es dado romper, jamás me llenará de entusiasmo. Este siglo no puede aplicar mis ideas, y pertenezco á otros que están por venir. Una pintura, ¿podrá turbar vuestro reposo? Vuestro sólo aliento la borra.

EL REY.—¿Soy yo el primero, á quien habéis hablado así?

EL MARQUÉS.—¡El primero, seguramente!

EL REY. (Que se levanta, da algunos pasos, y se para delante del Marqués; aparta.)—Por lo menos este lenguaje es nuevo. La lisonja se apura. La imitación rebaja al hombre de mérito... Se ensaya alguna vez el método contrario... ¿Por qué no? Lo inesperado place... (Alto.) Si lo entendéis así, ¡bien! yo crearé un oficio nuevo de la Corona... el de libre pensador...

EL MARQUÉS.—Ya observo, Señor, qué idea tan pequeña y tan baja tenéis de la dignidad humana, cuando confundís

con el arte de la adulación el lenguaje del hombre independiente. Y creo saber quién os autoriza para hacerlo. Los mismos hombres os obligan á ello. Han renunciado voluntariamente á su nobleza, y voluntariamente también han descendido hasta ese abismo. Huyen asustados del fantasma de su propia grandeza, se regocijan con sus miserias, y con cobarde habilidad adornan sus cadenas, y llaman virtud el llevarlas con decencia. Así habéis encontrado al mundo, y así os lo legó el gran padre de V. M. ¿Cómo era posible, que, con esta deplorable mutilación, honrarais al hombre?

EL REY.—Algo de verdad encuentro en vuestras palabras.

EL MARQUÉS.—Pero es lastima que con vuestras manos hayáis modificado la obra del Creador, trocándoos en otro, para esta criatura nuevamente modelada... pero os habéis engañado en una parte de vuestros cálculos, porque seguís siendo hombre... hechura asimismo del Creador. Continuáis sufriendo y deseando como mortal, y tenéis necesidad de simpatías... y á un Dios sólo se puede ofrecer en sacrificio el temor... y la adoración. ¡Mudanza lastimosa! ¡Desdichado extravío de la naturaleza! ¿Quién armonizará con V. M.?

EL REY. (Aparte.)—¡Vive Dios, que llega hasta el fondo de mi alma!

EL MARQUÉS.—Este sacrificio nada importa á V. M. Sois único, en cambio... vuestra propia especie... Y de este modo sois también un Dios... Y parecería horrible que no sucediera así... que, á ese precio, por la ventura perdida de millones de hombres, nada hubieseis ganado... si la libertad, que habéis aniquilado, fuese lo único que pudiera satisfacer vuestros deseos. Os suplico, Señor, que me deis licencia de retirarme. El objeto que me guía me arrastra consigo lejos. Mi corazón rebosa ya... la tentación es de-

masiado grande, puesto que me veo delante de la única persona, á quien puedo revelar mis sentimientos. (El Conde de Lerma entra y habla en voz baja con el Rey. Este le hace señal de que se vaya, y continúa sentado como antes.)

EL REY. (Al Marqués, después de irse el Conde de Lerma.)—**¡Acabad!**

EL MARQUÉS. (Después de algunos instantes de silencio.)—**Conozco, Señor... todo el valor de...**

EL REY.—**¡Proseguid! Tenéis que decirme algo más.**

EL MARQUÉS.—Vengo ahora de Flandes y del Brabante, provincias tan ricas como florecientes: un pueblo activo y grande... y también bondadoso... Ser padre de este pueblo, me decía yo, debe ser placer divino... Y tropecé con huesos humanos calcinados... (Se detiene y calla; sus ojos se fijan en el Rey, que intenta evitarlos, bajando los suyos conmovido y turbado.) Tenéis razón, y debéis tenerla. Que hayáis podido hacer lo que estimabais conveniente, me llena de triste admiración. ¡Oh! ¡Es de deplorar que quien se revuelca en su sangre, no entone un himno de alabanza á su sacrificador, y que la historia se escriba por hombres... no por séres de naturaleza superior!... Siglos más plácidos reemplazarán al de Felipe, y traerán m dulce sabiduría; la dicha de los ciudadanos se enlazará entonces con la grandeza de los Reyes, y el Estado será avaro de sus hijos, y hasta humana la necesidad.

EL REY.—**¿Y creéis que vendrían alguna vez esos tiempos, si yo hubiese retrocedido ante la maldición del presente? Mirad á vuestro rededor en mi España. La ventura de los ciudadanos florece en paz, sin nube alguna, y me propongo concederla también á los Flamencos.**

EL MARQUÉS. (Con prontitud.)—**¡El descanso de un cementerio! ¿Y esperáis acabar lo que habéis empezado? Esperáis refrenar la transformación de la cristiandad, cuando ha llegado su hora, y detener la primavera universal, que ha**

de mejorar la faz del mundo? Solo en toda Europa, ¿intentaís oponeros al giro de esa rueda del orbe, que sigue su curso incesante? ¿El brazo de un hombre ha de lograrlo? No será posible. Millares de seres han huído ya de vuestros Estados, pobres y contentos. Los que habéis perdido por cuestiones de religión, eran los más nobles. En sus brazos maternales abiertos los recibe Isabel, é Inglaterra se hace temible con las artes de nuestra patria. Abandonada del diligente trabajo de los nuevos cristianos, yace Granada desierta, y Europa se alborozaba, al contemplar á su enemigo destilando sangre de las heridas que él mismo se ha hecho. (El Rey parece conmovido: el Marqués lo observa, y se acerca más á él.) ¿Queréis sembrar para la eternidad, y sembráis para la muerte? Un trabajo tan violento no sobrevivirá al que lo ha acometido. Habéis edificado para ingratos... vanamente emprendéis una lucha con la naturaleza, vanamente habéis sacrificado vuestra vida de Rey y vuestra grandeza en realizar proyectos destructores. El hombre vale más de lo que pensáis. Romperá el yugo de su prolongado sueño, y reclamará sus sagrados derechos. Confundirá vuestro nombre con los de Nerón y Busiris, y... esto me aflige porque erais bueno.

EL REY.—¿Quién os lo ha demostrado con evidencia?

EL MARQUÉS. (Con calor.)—Sí, ¡por Dios Todopoderoso! Sí... sí... yo lo repito. Dadnos lo que nos habéis tomado. Generoso, como el fuerte, que la dicha de los hombres salga de vuestras manos... Que los espíritus prosperen en vuestro inmenso edificio. Devolvednos lo que os habéis apropiado. Sed el rey de millones de reyes... (Se aproxima al Monarca con osadía, y lo mira con firmeza y con ardor.) ¡Ojalá que la elocuencia de tantos miles de seres brillase también en mis labios, y que yo pudiese transformar en rayo la llama que arde en vuestros ojos!... Renunciad á esa apoteosis artificial que os aniquila. Sed para nosotros el mo-

dolo de todo lo eterno y de todo lo verdadero. Jamás... jamás hubo mortal que pudiera emplearlo tan útilmente. Todos los reyes de Europa rinden homenaje al nombre español. Poneos al frente de todos los reyes de Europa. Una plumada de vuestra mano, y una nueva creación resplandecerá sobre la tierra... (Se arroja á sus pies.)

EL REY. (Que sorprendido, vuelve su rostro á otro lado, y mira luego al Marqués.) ¡Singular visionario!... Sin embargo, ¡levantaos!... yo...

EL MARQUÉS.—Contemplad á vuestro rededor cuán grande es la naturaleza, sólo por la libertad... y cuán rica también por ella. Él, el Supremo Criador, arroja al gusanillo en una gota de rocío, y lo deja revolverse con holgura en medio de la muerte y la destrucción... Vuestras obras ¡cuán mezquinas son y cuán miserables! El ruido de una hoja asusta al Señor de la cristiandad. Habéis de temblar ante cada virtud. Él... por no perturbar el espectáculo encantador de la libertad... deja que el triste cortejo de los males recorra con estrépito el Universo... y al que todo lo ha hecho, no se ve, y se oculta modestamente en las leyes eternas, á las cuales, no á él, contempla el espíritu libre. «¿Para qué sirve un Dios?» dice él: «el mundo basta.» Y ninguna devoción humana lo ensalza más que esta blasfemia del espíritu de la libertad.

EL REY.—¿Y os proponéis formar en mis Estados ese sublime modelo, superior á todo lo mortal?

EL MARQUÉS.—V. M., V. M. lo puede hacer. ¿Qué otro pudiera hacerlo? Consagrad á la ventura del Pueblo ese poder que... ¡ay de mí!... sólo ha servido para engrandecer el Trono... devolved á la humanidad su perdida nobleza; que el ciudadano sea lo que era antes, el objeto de los cuidados del Monarca... que no lo obligue otro deber que el derecho sagrado de sus hermanos. Cuando el hombre, reanimado, sienta nacer en él el sentimiento de su digni-

dad... cuando las sublimes y orgullosas virtudes, hijas de la libertad, florezcan en su pecho... cuando, oh Señor, hayáis hecho á vuestro propio Reino el más feliz del mundo... entonces será vuestro deber subyugar á los demás.

EL REY. (Después de un largo silencio.)—Os he dejado hablar hasta el fin... Bien comprendo que la sociedad se pinta en vuestra imaginación muy diversa de la idea que tienen de ella los otros hombres... y por eso no intento mediros como á ellos. Yo soy el primero, á quien habéis declarado vuestro pensamiento más íntimo. Lo creo, porque lo conozco. A causa de la misma reserva, que os ha obligado á ocultar vuestras opiniones, con tanto calor sentidas, hasta el día de hoy; á causa de la modesta prudencia que revela, quiero, oh joven, olvidar que yo las he sabido, y en qué ocasión han llegado á mi noticia. ¡Levantaos! Voy á responder á vuestra inexperta precipitación, no como rey, sino como anciano. Y quiero hacerlo, porque tal es mi voluntad... El mismo veneno, según creo, puede trocarse en más noble sustancia cuando obra en sanas naturalezas... Pero esquivad mi inquisición... Sentiría...

EL MARQUÉS.—¿Verdaderamente? ¿Lo sentiríais?

EL REY. (Aparte.)—Nunca he visto otro hombre como este. (Alto.) No, ¡no, Marqués! Me tratáis sin miramientos. No quiero ser un Nerón. No quiero serlo. No quiero serlo para vos. Toda ventura no ha de desaparecer bajo mi mando. Vos mismo, á mi vista, continuaréis siendo un hombre.

EL MARQUÉS. (Con viveza.)—¿Y mis conciudadanos, Señor?... ¡Oh! No se trataba de mí; no de mi causa. ¿Y vuestros súbditos, Señor?

EL REY.—Ya que sabéis tan bien cómo me ha de juzgar la posteridad, que sepa asimismo cómo trato yo á los hombres, cuando encuentro uno.

EL MARQUÉS.—¿Que el más justo de los reyes no sea al mismo tiempo el más injusto!... en vuestra Flandes hay

millares de hombres mejores que yo. V. M... ¿puedo decirlo libremente, gran Rey? V. M. ve hoy la libertad por vez primera, bajo un aspecto más agradable.

EL REY. (Con gravedad más afable.)—No hablemos más de esto, joven... Estoy seguro de que pensaríais muy de otra manera, si antes conocierais bien el corazón humano, como yo lo conozco... Sin embargo, no quisiera veros hoy por última vez. ¿Qué traza me daré yo para agregaros á mi servicio?

EL MARQUÉS.—Dejadme ser lo que soy. ¿Qué sería yo para V. M., si también me seducíais?

EL REY.—No puedo sufrir tanto orgullo. Desde este momento estáis á mis órdenes... ¡Nada repliquéis!... Tal es mi voluntad. (Después de una pausa.) Pero ¿cómo? ¿Qué intentaba yo? ¿No era verdad que yo lo quería? Y ahora encuentro algo más... Me habéis contemplado en mi trono, no en mi casa. (El Marqués se queda pensativo.) Ya os comprendo. No obstante... aunque fuese yo el más infeliz de los padres, ¿no podría ser un esposo envidiable?

EL MARQUÉS.—Si un hijo de grandes esperanzas, si la posesión de una esposa adorable pueden dar á un mortal derecho á ese dictado, sois, oh señor, el más dichoso en ambos conceptos.

EL REY. (Con aire som' rfo.)—No, no lo soy; y que no lo soy lo conozco ahora como nunca... (Mirando al Marqués con melancolía.)

EL MARQUÉS.—El Príncipe piensa bien y noblemente. Nunca ha pensado de otro modo.

EL REY.—Pero yo... Lo que me ha robado, no hay corona que lo compense... ¡una Reina tan virtuosa!

EL MARQUÉS.—¿Quién se atrevería, señor?...

EL REY.—¡El mundo! ¡La calumnia! ¡Yo mismo!... Hay aquí testigos, que la condenan sin apelación; hay otros, también preparados, que me hacen temer lo más doloroso...

so... Pero, Marqués... difícil, difícil de creer se me hace que uno solo de ellos merezca crédito. ¿Quién la acusa?... Si ella... si fuese capaz de caer tan bajamente en el abismo de la deshonra... ¡oh! ¿cuánto más he de acariciar la idea de que una Éboli la calumnie? ¿El fraile no la aborrece, como á mi hijo? ¿Ignoro yo acaso que el Duque de A ba ansía vengarse? Mi esposa vale más que todos ellos.

EL MARQUÉS.—Hay algo, señor, en el alma de la mujer, que la eleva sobre todas las apariencias y sobre todas las calumnias... y se llama la virtud de su sexo.

EL REY.—Sí; es lo mismo que yo digo. Cuesta mucho caer tan bajo como dicen que la Reina ha caído. Los sagrados vínculos del honor no se rompen tan fácilmente, como intentan persuadímelo. Conocéis el corazón humano, Marqués. Me hace falta hace tiempo un hombre de vuestra condicion; sois bueno, cándido, y conocéis la naturaleza humana; sin embargo... por esto os he elegido.

EL MARQUÉS. (Sorprendido y asustado.)—¿A mí, señor?

EL REY.—Os habéis visto ante vuestro Soberano, y nada habéis pedido para vos... nada... Esto es nuevo para mí... Seréis juez... La pasión no os extraviará. Acercaos á mi hijo; sondead el corazón de la Reina. Os daré plenos poderes, para que habléis con ella en secreto. ¡Y ahora dejadme! (Llama.)

EL MARQUÉS.—Si puedo llevar conmigo una esperanza colmada... este es el día más feliz de mi vida.

EL REY. (Que le da á besar su mano.)—No es tampoco día perdido para mí. (El Marqués se levanta, y se va; el Conde de Lerma llega.) Ese caballero entrará aquí en adelante, sin necesidad de ser anunciado

ACTO IV.

ESCENA PRIMERA.

Salón de la Reina.

LA REINA, LA DUQUESA DE OLIVARES, LA PRINCESA DE ÉBOLI, LA CONDESA DE FUENTES y otras damas.

LA REINA. (Al levantarse, á la camarista mayor.)—¿No se ha encontrado la llave?... Entonces es menester romper la cajita, y al instante. (A la Princesa de Éboli, que se acerca á ella, y le besa la mano.) Bien venida seáis, querida Princesa. Me alegro de veros mejor... aunque todavía muy pálida.

LA CONDESA DE FUENTES. (Con malicia.)—La culpa la tiene esa fiebre maligna, que ataca tan extremadamente á los nervios. ¿No es verdad, Princesa?

LA REINA.—Mucho he deseado visitaros, amada mía, pero... no me he atrevido.

LA DUQUESA DE OLIVARES.—Compañía, por lo menos, no ha faltado á la Princesa de Éboli...

LA REINA.—Lo creo, lo creo. ¿Qué tenéis? ¿Tembláis?

LA PRINCESA DE ÉBOLI.—Nada... nada enteramente, Reina mía. Os pido permiso para retirarme.

LA REINA.—¿Nos ocultáis acaso, que os halláis peor de lo que aparentáis? Os sentará mal estar de pie. Ayudadla, Condesa, á sentarse en este taburete.